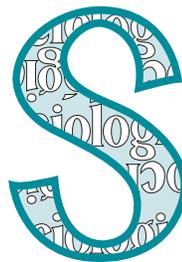


La Huasteca hidalguense: pobreza y marginación social acumulada

*Ruth Madueño Paulette**

RESUMEN

En este artículo se exponen parte de los resultados de un trabajo de investigación que efectuamos en los municipios y comunidades indígenas de la Huasteca hidalguense; nuestro objetivo aquí es presentar una visión de los problemas socioeconómicos regionales observados en el curso de este trabajo. En la primera parte, se describen las condiciones geoecológicas y los recursos existentes en la región; se analiza el comportamiento de algunos indicadores relacionados con la marginación y la pobreza, y exponemos nuestras impresiones acerca del entorno socioespacial, donde la población desarrolla sus actividades económicas y su vida cotidiana. A continuación, se analiza la estructura productiva y los problemas que enfrentan los campesinos en el desarrollo de sus actividades económicas, las condiciones de trabajo, sus ingresos y la comercialización de sus productos. Finalmente, exponemos la percepción de los productores respecto a la forma en que las autoridades y las instituciones agrarias ejercen sus funciones en la región y los problemas que se han derivado de ello; asimismo, las relaciones clientelares que están en la base de una percepción generalizada de la población indígena como objeto de ayuda asistencial y no como sujetos económicos, así como la pérdida de legitimidad y capacidad de convocatoria de las instituciones y la renovación del sistema de poder de los caciques.



* Profesora investigadora del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco. Correo electrónico: ruthma11@hotmail.com

LAHUASTECA es una región que ha sido estudiada por las ciencias sociales desde diferentes ángulos; son conocidos los de carácter histórico que tratan sobre el dominio de la población indígena y su resistencia durante el proceso de formación y consolidación de las haciendas en la Colonia y en los siglos XIX y XX (Varios autores, 1993). En las últimas décadas, muchos estudios se remontan a esa historia regional para analizar los factores estructurales que han estado en la base de los procesos económicos y sociales particulares en los que, por un lado, se forjó y consolidó el dominio caciquil de los propietarios de grandes haciendas productoras de café, frutales, ganado, etcétera, sobre una población indígena que habita en comunidades y ejidos; y, por otro, se desarrolló un vasto movimiento campesino y de lucha por la tierra impulsado por este sector de la población tradicionalmente excluido (Matías A., 1986; Escobar O., 1992 y 1994). Son igualmente importantes los esfuerzos de regionalización a partir del análisis de las condiciones geográficas, de la flora y la fauna, del origen y curso de las cuencas hidrológicas, de las peculiaridades de la población, de su cultura y, entre otros, de los procesos y las interconexiones económicas y sociales de carácter regional (Gutiérrez *et al.*, 1999).

Este trabajo forma parte de esos estudios de carácter regional¹ y, de manera más precisa, su objetivo es arribar a un diagnóstico de las

¹ Investigación auspiciada, entre 1996-1997, por el Instituto Hidalguense de Educación Media Superior y Superior a propósito de la planeación y creación de la Universidad Tecnológica de la Huasteca Hidalguense, por lo que su objetivo general fue proporcionar elementos para lograr una oferta educativa pertinente y adecuada, así como para la indispensable vinculación de la institución con su entorno regional. Para mayor información se puede consultar: Madueño y Ortega, 1999.

condiciones económicas y sociales que prevalecen en la Huasteca hidalguense. La realización de una investigación de carácter microrregional permitió que, en un plano más cercano a los actores sociales, lográramos conocer los desafíos a que está sujeta la población indígena en el ámbito mismo de su vida cotidiana y en sus actividades económicas, así como, esclarecer algunos aspectos de la percepción social respecto a las instituciones agrarias que operan en la región y con las que dicha población se relaciona, teniendo en cuenta que el espacio geográfico en el que habitan presenta el mayor grado de marginación y pobreza respecto al conjunto regional interestatal.²

En esta perspectiva, los resultados obtenidos constituyen una clara y dramática confirmación de los estudios basados en la frialdad de la información estadística oficial, y están permeados por el testimonio de quienes viven en una zona donde el extremo rezago económico y social se conjunta con el poder político, ejercido por un remozado caciquismo, que se ha visto confrontado históricamente con la renovada capacidad de resistencia y movilización de los sectores más excluidos de la sociedad: los pequeños propietarios, los miembros de las comunidades y ejidos y los jornaleros y campesinos sin tierra.

PERFIL SOCIODEMOGRÁFICO DE LOS MUNICIPIOS³

La región Huasteca es un espacio geográfico vasto que se ubica en la zona centro-este del país, se extiende sobre la vertiente oriental de

² La región huasteca abarca espacios territoriales importantes del estado de Hidalgo, San Luis Potosí, Veracruz y Tamaulipas. Para mayor información se puede consultar: Gutiérrez *et al.*, 1999.

³ La investigación microrregional comprendió la realización de 181 entrevistas en seis municipios de la Huasteca hidalguense: 56 a productores agropecuarios, artesanos y comerciantes, 56 a estudiantes del bachillerato y de educación superior, 27 a profesores del bachillerato y 42 a personas a las que denominamos "informantes de opinión", debido a que ocupaban distintas responsabilidades en los municipios y comunidades. El 53% de ellos ejercía liderazgo en los partidos políticos y en diversas organizaciones sociales, el 14% desempeñaba cargos en instituciones de educación superior, el 14% eran funcionarios públicos, el 12% ejercía la presidencia municipal y el 7% se dedicaba a actividades religiosas. El número de personas consideradas no significó la realización de un muestreo, sino que correspondió a una selección informada y relativamente proporcional al tamaño de la población de los municipios. La investigación incluyó, asimismo, la realización de reuniones con grupos de campesinos y campesinas de las comunidades, asociaciones de productores y dirigentes sociales.

la Sierra Madre y abarca a 15 municipios del estado de Hidalgo, 19 de San Luis Potosí, 44 de Veracruz y 11 de Tamaulipas (Gutiérrez *et al.*, 1999). Los municipios incluidos en la investigación (San Felipe Orizatlán, Atlapexco, Jaltocán, Huautla, Yahualica y Huejutla), junto con los que aquí incluimos en la información estadística (Huazalingo, Tlanchinol, Calnali y Xochiatipan) ocupan un territorio accidentado al noreste del estado de Hidalgo, en la Cuenca Alta del Moctezuma, y tienen a la ciudad de Huejutla como su centro urbano más importante y cercano. Esta ciudad limita con algunos municipios de la Huasteca veracruzana y potosina.

Esos diez municipios ocupan una región que se extiende hacia las zonas altas de la Sierra Madre, tierra de clima templado y amplias áreas boscosas de cedro y pino, y hacia territorios de las partes bajas por los que atraviesan algunos ríos que favorecen una flora abundante de clima tropical y el desarrollo de una agricultura comercial de café, frutales —particularmente de cítricos y mangos—, y de palmilla camedor, y es propicia para el cultivo de maíz, frijol y chile. A pesar de esos recursos, la flora y la fauna, relativamente variadas en toda la Huasteca hidalguense, han disminuido significativamente debido a la deforestación provocada por la costumbre arraigada entre los campesinos de dotarse de predios agrícolas y de pastos mediante la quema y roza de montes y bosques.

La Huasteca hidalguense concentra una población de 332,000 personas (Censo de 1990); su pirámide poblacional se caracteriza por presentar una base ancha en la que el rango de edades entre los 0 y 14 años es amplio, siendo aún más significativa la población infantil de 5 a 9 años. La estructura familiar es similar en el conjunto de la región; las familias presentan rasgos propios de las unidades domésticas nucleares (son relativamente pequeñas y están conformadas por un promedio de cinco miembros).

Por su parte, la población total de los diez municipios ascendía en 1990 a 255,392 habitantes, cifra correspondiente al 13% de la población total del estado de Hidalgo. La población de la ciudad de Huejutla (86,067 habitantes) representaba el 33.7% de ese total regional y la de San Felipe Orizatlán (33,711 personas) el 13.2% (Universidad Autónoma de Hidalgo *et al.*, 1994). Ambas ciudades, pero sobre todo Huejutla, presentan un mayor grado de urbanización y funcionan como eje articulador de las actividades comerciales de la región. Constituyen los lugares donde se demandan y obtienen servicios, donde se

ubican las instituciones políticas y administrativas del gobierno federal y estatal, así como las instancias de representación política y social.

Al respecto, es importante señalar que esa función de articulación comercial fluye signada por el peso de los grupos de mayores ingresos, de una extendida burocracia local, de los maestros de escuelas de diverso nivel y de un sector social minorista de comerciantes y prestadores de servicios; en ese contexto, los campesinos de las comunidades se articulan a partir de sus necesidades básicas de aprovisionamiento y de un comercio limitado de sus cultivos. Sin embargo, las relaciones políticas y sociales de las comunidades con las instituciones federales, estatales y locales, especialmente con los municipios, son difíciles y, muchas veces, contradictorias; retomando para el caso de la Huasteca hidalguense las expresiones de Dolores González respecto a otras regiones del país con alta población indígena, afirmamos que los municipios constituyen una “institución en la que han confluído históricamente en encuentros y desencuentros, los pueblos indígenas con las representaciones del gobierno municipal” (González, 1998: 41).

El nivel de escolaridad en toda la región se ubica entre los más bajos del país: el 42.9% de la población mayor de 15 años es analfabeta; del 57.1% restante, el 24% había cursado primaria incompleta, el 11.1% primaria completa, el 14% la educación media básica incompleta o completa, el 6.9% el nivel medio superior y sólo el 2.2% educación superior. Estas condiciones extremas inciden, sin duda, en la escolaridad de los menores de 6 a 14 años, ya que cerca del 15% de ellos no asiste a ningún centro escolar (INEGI, 1994). Al respecto, constatamos que el comportamiento de las variables educativas en los núcleos familiares de los productores agropecuarios y artesanos del grupo estudiado guarda una estrecha relación con la información anterior, con la limitada oferta educativa, pero sobre todo con la extendida marginación social y el gran rezago económico y productivo en el conjunto de la región hidalguense. Así, los niveles más bajos de escolaridad corresponden a los hijos adultos de los productores y a los hermanos adultos de los alumnos del bachillerato: de un total de 396 personas, únicamente el 23% ha cursado estudios de primaria o secundaria; 9% el bachillerato y 11% estudios superiores; aproximadamente el 35% de los hijos en edad escolar cursa la primaria.

Esa situación se relaciona claramente con las limitadas oportunidades de estudio ofrecidas en la región, con la falta de escuelas de nivel básico en muchas comunidades o las deficiencias en el equipamiento,

la lejanía de los centros educativos y una excesiva deserción escolar, determinada por la pobreza de las familias que no pueden solventar los gastos de educación de sus hijos. Algunas personas comprendidas en la investigación formulan críticas relacionadas con el bajo rendimiento escolar y la deficiente calidad de la enseñanza en las escuelas primarias y secundarias, debido a “la inadecuada formación de los maestros y su frecuente ausentismo”, y a la escasa preocupación y sensibilidad de las instituciones responsables de la cultura regional, que se traduce en la preservación de “un sistema de enseñanza inapropiado para las necesidades de una población indígena que mayoritariamente habla la lengua náhuatl” (presidenta municipal), por lo que los estudiantes presentan graves dificultades para la comprensión de los conocimientos que se les imparten en castellano. Esta deficiencia acumulada no sólo impide el acceso de los jóvenes a los grados de educación media superior y superior, sino que también afecta su futuro rendimiento académico, restringe sus aspiraciones y sus posibilidades de empleo, sobre todo en el caso de las mujeres. Dichas condiciones adversas han favorecido un crecimiento significativo de la migración de los jóvenes, produciéndose en ellos problemas emocionales de ruptura y desarraigo y agudizando la marginación y escasez en la que viven en otros lugares, lo cual no ha sido estudiado adecuadamente. Para un pequeño sector social de medianos recursos, la opción profesional más cercana es el Instituto Tecnológico Agropecuario y la Escuela Normal que funcionan en Huejutla; en cambio para el reducido sector de jóvenes de mayores ingresos es frecuente su migración hacia centros de educación superior en las ciudades de Tampico-Madero, Monterrey y otras del país.

El bajo índice de desarrollo de las actividades agrícolas y ganaderas, la inexistencia de una base industrial y el incipiente sector comercial y de servicios en toda la Huasteca hidalguense, además de las condiciones expuestas en el ámbito educativo, definen las características de un mercado ocupacional altamente restringido, que únicamente ofrece posibilidades de empleo a la mayoría de los jefes de familia en el sector primario y expulsa a los jóvenes de las comunidades, dado que en ellas sólo pueden recurrir a trabajos eventuales y a salarios extremadamente bajos, por el carácter poco especializado de las actividades y el predominio de un oficio adquirido a partir de la experiencia cotidiana y la transmisión generacional de conocimientos familiares. Así pues, los segmentos sociales que emigran hacia centros urbanos

de Tamaulipas y otros estados de la República, deben competir en un mercado laboral desfavorable, que los expulsa debido a sus bajos niveles de capacitación y calificación.

CUADRO 1
POBLACIÓN OCUPADA EN LA HUASTECA HIDALGUENSE
SEGÚN OCUPACIÓN PRINCIPAL * (1990)

Ocupación	%
Trabajadores agropecuarios	69.5
Profesionales y técnicos	6.6
Comerciante y ambulantes	4.3
Supervisores y operarios industriales	10.0
Administrativo y de oficina	1.7
En servicios diversos	4.8
Funcionarios y directivos	0.5
No especificado	2.6

* Los datos corresponden a diez municipios: Huejutla, San Felipe Orizatlán, Tlanchinol, Atlapexco, Huazalingo, Jaltocán, Yahualica, Xochiatipan, Huautla y Calnali.
Fuente: INEGI, 1994.

La información relativa al trabajo de las mujeres no refleja su situación real, ya que la tendencia a identificar a las mujeres con las actividades del hogar entrafía no sólo la absoluta devaluación de la función económica del trabajo doméstico, sino de las labores agrícolas y pecuarias que ellas realizan cotidianamente como un complemento indispensable de los ingresos familiares.

En ese contexto, la pobreza constituye el problema de mayor gravedad en la Huasteca hidalguense. Gran parte de la población indígena de los municipios y comunidades sobrevive en una extrema precariedad, la cual se ha profundizado con la crisis y los procesos de globalización en los que está desfavorablemente inmerso el campo mexicano, y de manera especial la economía campesina, comunal, ejidal, de pequeña y minipropiedad, así como los jornaleros agrícolas y los campesinos sin tierra. La dieta básica de “tortilla, frijol, chile y sal” es parte de una tragedia cuya magnitud se ve reflejada en los elocuentes testimonios de algunas personas que viven en las comunidades: “se necesitan 200 pesos para comprar la canasta básica semanal y sólo ganamos

siete pesos diarios”; “cuando se logra trabajar un mes completo, el salario recibido tiene que alcanzar para cubrir los gastos de alimentación de hasta cinco meses”. Así pues, la información estadística constituye un referente que se convierte en tragedia vívida cuando un recorrido y una mirada atenta por las cabeceras municipales y, sobre todo, por las comunidades de la Huasteca hidalguense, golpean nuestros ojos mostrando con claridad los niveles extremos de hambre y desnutrición de muchas personas que deambulan por las calles.

CUADRO 2
POBLACIÓN OCUPADA SEGÚN INGRESO MENSUAL* (1990)

Salario	%
Menos de 1 salario mínimo	60.0
De 1 a 2 salario mínimo	13.7
Más de 2 y menos de 3 salarios mínimos	5.9
3 salarios mínimos y más	3.2
No recibe ingreso	13.0
No especificado	4.2

* Los datos corresponden a los diez municipios mencionados en el cuadro anterior.
Fuente: INEGI, 1994.

El nivel de ingresos consignado en el cuadro 2 explica que gran parte de la población adulta de las comunidades se vea obligada a recrear viejas costumbres para sobrevivir; “trueque de trabajo por alimentos” y “formas de pago con trabajo”, en tanto que en los jóvenes es frecuente su “incorporación al ejército como única alternativa para obtener un ingreso mensual estable y seguro”.

Es indudable la relación entre pobreza, desnutrición y bajos niveles de salud. En la región hidalguense se han elevado las tasas de mortalidad y morbilidad infantil, así como la incidencia de enfermedades gastrointestinales y respiratorias; es frecuente la información acerca de la gran cantidad de personas afectadas por enfermedades tropicales como el cólera y otras que parecían haber desaparecido (paludismo y dengue), al igual que los más de 75 casos del Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (SIDA) detectados en la región.

En esos testimonios resaltan las ásperas críticas a la labor ejercida por las instituciones de salud y del sector educativo. En el primer caso, están referidas a la ausencia de una infraestructura básica en muchas comunidades y a la limitada cobertura de los servicios en otras, así como a las graves deficiencias en la atención de los pacientes en las clínicas de las cabeceras municipales, debido a la falta de personal médico y equipo especializado y a la carencia frecuente de medicamentos básicos. En general, las condiciones de pobreza impiden el acceso de gran parte de la población de las comunidades a los servicios de salud, por lo que su opción más cercana es la medicina tradicional. Con relación al sector educativo, la crítica más frecuente se relaciona con la ausencia de programas en lengua náhuatl, orientados a informar adecuadamente a los niños y jóvenes sobre la reproducción humana y el cuidado del cuerpo.

EL ENTORNO SOCIOESPACIAL

La Huasteca hidalguense tiene como cabecera municipal y centro urbano más importante a la ciudad de Huejutla, la que, sin embargo, no ha perdido sus rasgos de gran ruralidad. Su trazo urbano es desordenado, y caótico el crecimiento de las poblaciones marginales, es una ciudad atravesada por calles angostas y sinuosas que muestran los efectos de la falta de mantenimiento. Muchas de sus colonias limitan con comunidades y ejidos cercanos hacia donde circulan microbuses por caminos de terracería; los servicios urbanos básicos no alcanzan a cubrir toda la ciudad y menos a la periferia. Sólo dos o tres avenidas con camellones de tierra que circundan la periferia permiten un tránsito más fluido y conectan a la ciudad con la carretera que va a Tampico-Madero. A lo largo de esta vía de comunicación se ubican algunos locales comerciales de mayor tamaño de venta de insumos, herramientas y, eventualmente, maquinaria agrícola, además de talleres que ofrecen servicio de mantenimiento y reparación a vehículos de pasajeros y camiones de transporte pesado. En Huejutla se concentran gran parte de las oficinas de representación política y administrativa, federal y estatal, en las que los campesinos y las comunidades realizan trámites y gestionan apoyos, así como un número importante de centros de educación básica, media superior y superior como el Instituto Tecnológico Agropecuario y la Normal de Maestros.

Existe en la ciudad un único auditorio en el cual se realizan fiestas y eventos cívicos, éste es el lugar donde las autoridades convocan a delegados o representantes de las comunidades para tratar diversos aspectos relacionados con los programas de apoyo social del DIF, de la Secretaría de Salud, etcétera; este recinto y el mercado son un claro reflejo de una ciudad que se encuentra anclada en el mundo rural, una ciudad en cuyo zócalo es posible escuchar los sones y huapangos tradicionales, mezclados con el estruendoso volumen de los boleros, la música norteña y el rock. Es una ciudad que en partes está saturada de vendedores ambulantes de ropa, comida y mercancías menores, alrededor de los cuales se concentran comensales y compradores provenientes de las comunidades y municipios cercanos. En ella transitan personas que van a diferentes lugares y en la que muchas otras deambulan sin rumbo, mostrando la extrema pobreza que las agobia. Por sus angostas calles circulan con dificultad cientos de automóviles, deteriorados autobuses y microbuses de pasajeros y camiones de carga. En fin, Huejutla es una ciudad que tiene sus centros deportivos y recreativos más importantes dentro de las escuelas; los de fuera no cuentan con las instalaciones adecuadas y son generalmente campos abiertos por los jugadores de fútbol. Cuenta, además, con algunos hoteles y hospedajes medianamente instalados, escasos restaurantes, con algunas salas cinematográficas y dos estaciones de radio, una de las cuales promueve la presentación dominical de grupos de baile regionales en el zócalo y efectúa una variada programación en lengua náhuatl para el abultado público de las comunidades.

En San Felipe Orizatlán, segunda ciudad en importancia en la Huasteca hidalguense, la infraestructura de servicios y las actividades comerciales han alcanzado un grado de desarrollo menor que el de Huejutla. Sin embargo, la cercanía de esa ciudad con Tamazunchale (San Luis Potosí), así como el buen estado de las carreteras, ha favorecido una actividad comercial dinámica de productos agrícolas y ganaderos en la que participan los habitantes de los municipios y comunidades cercanos. Con mayor énfasis, el entorno campesino indígena de San Felipe Orizatlán le imprime su sello cultural e influye en su organización espacial, haciendo de esta población un lugar más rural que urbano.

Las cabeceras municipales restantes cuentan con una población aproximada de 2, 500 personas, por lo que generalmente mantienen las características básicas de ruralidad. Las cifras oficiales reportan que

en 1990, el 76.8% de la población total de la región habitaba en comunidades y poblados pequeños de carácter rural, y el 23.2% residía en centros propiamente urbanos o en localidades con rasgos rural-urbanos (INEGI, 1994). Seguramente la proporción entre la población rural y urbana de la región hidalguense ha cambiado en el curso de la presente década, aunque el recuento realizado en el año de 1995 indica que no se han revertido sus rasgos eminentemente rurales.

Gran parte de estas cabeceras municipales deben su relativo crecimiento a la paulatina inclusión de algunas comunidades circundantes, son el centro político-administrativo y el referente sociocultural de una población dispersa en las comunidades y ejidos. Su comunicación con otros centros urbanos mayores se efectúa a través de un sistema poco desarrollado de carreteras asfaltadas y escasos medios de transporte, mientras que en el caso de las comunidades prevalecen los caminos rurales de terracería. Aunque de forma restringida, tales cabeceras están dotadas de servicios públicos esenciales (agua potable, alcantarillado, luz eléctrica). Ahí, la organización comunal y ejidal está presente en la vida cotidiana de sus habitantes como lo está en la distribución espacial de las viviendas, de las oficinas públicas y en la organización de ferias dominicales donde se comercia al menudeo. Estos municipios muestran claramente los signos de una marginación y pobreza extendidas y un elevado nivel de migración. Es notoria la escasa presencia de personas y vehículos en las calles y llama la atención la ausencia de pobladores jóvenes.

Sin pretender una explicación completa de los procesos migratorios, consideramos que el reparto agrario de la década de los setenta propició un relativo arraigo en la Huasteca hidalguense de la población indígena originaria de la región, además de la atracción que ese proceso ejerció sobre campesinos provenientes de las huastecas veracruzana, potosina y tamaulipeca. Sin embargo, la ejecución de algunos programas encaminados a desarrollar el cultivo del café y cítricos no logró crear las condiciones para un desarrollo económico y social en el mediano y largo plazo, por el contrario, se acentuó el desarraigo de los hijos de esos campesinos y de las siguientes generaciones. La emigración se hizo más extensa y se convirtió en una expresión palpable de la marginación acumulada y de los problemas estructurales que afectan a la zona. En ese sentido, y en comparación con otros lugares del estado y del país, la gran mayoría de los municipios y comunidades de la Huasteca hidalguense ha acumulado tales condiciones

de rezago que el Consejo Nacional de Población los caracteriza como sitios de alta marginación y elevados índices de expulsión en cuanto a recursos humanos, especialmente población joven, por la escasez de empleo y de alternativas para el estudio.

CUADRO 3
TASA DE CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN Y CATEGORÍA MIGRATORIA
DE LOS MUNICIPIOS (1970-1990)

Municipios	1970-1980 %	1980-1990 %	
Huejutla	-0.50	-0.25	Municipios de equilibrio en 1980-1990
San Felipe Orizatlán	-0.90	-0.45	
Tlanchinol	-1.20	-0.90	Municipios de expulsión en 1980-1990
Atlapexco	-2.60	-1.25	
Huazalingo	-2.30	-1.30	
Jaltocán	-1.80	-1.40	
Yahualica	-2.10	-2.65	Municipios de fuerte expulsión en 1980-1990
Xochiatipan	-0.60	-2.75	
Huautla	-2.50	-2.90	
Calnali	-2.25	-3.10	

Fuente: INEGI, 1994.

No obstante, es destacable que en las dos últimas décadas la ciudad de Huejutla se ha constituido en un centro de relativa atracción para un sector de funcionarios y profesionistas, de profesores y alumnos de educación básica, media superior y superior, debido a una relativa diversificación del empleo relacionado con el crecimiento de las instituciones públicas, del comercio y de las actividades de servicios, y porque está dotada de una oferta educativa relativamente más amplia con respecto a todos los municipios aledaños. A pesar de ello, la alta tasa de expulsión es común en todos los municipios y es probable que esos procesos se hayan acentuado debido a la ausencia de un sector industrial, al limitado desarrollo del comercio y los servicios; a la crisis de la producción agrícola en la década de los ochenta y a los limitados rendimientos de los cultivos; a los precarios apoyos estatales para la producción de maíz y frijol; a la desaparición de CONASUPO (como red básica de comercialización sin que hasta el momento se hayan generado otras alternativas que contrarresten a una intermediación

privada carente de toda proporción en la fijación de los precios de los productos agrícolas); a la falta de fuentes de financiamiento y al estrangulamiento que ha venido sufriendo la economía campesina en la década de los noventa y en los primeros años de este siglo, dentro del contexto de la globalización.

Las comunidades y ejidos concentran una gran parte de la población indígena cuyo origen se remonta a la época prehispánica, cuando las etnias Huasteca, tének y náhuatl poblaron la región. Esa población ha recreado históricamente sus formas de organización sociocultural de carácter comunal, y aún hoy constituyen el soporte material para su reproducción y son el referente social y subjetivo de una identidad étnica vigente que ha sido permeada por las transformaciones ocurridas en la región y en el país. Las comunidades son núcleos rurales pequeños, generalmente sobrepoblados y distribuidos de manera dispersa; las familias son nucleares y lo primero entre ellas son las relaciones de solidaridad y reciprocidad.

Su identidad y rasgos culturales tienen como sustento un idioma común, el náhuatl. De acuerdo con el INEGI, esta lengua predomina sobre el castellano y es significativo que el 73% de los pobladores de la zona la tengan como lengua materna y la hablen con fluidez. La música de mayor arraigo son los sones y huapangos, que destacan por su construcción poética y sensibilidad en torno al paisaje, a la vida cotidiana y a las relaciones interpersonales. Ésas y otras manifestaciones culturales como las fiestas del Xantolo, el carnaval y otras de contenido religioso, delinean una identidad étnico-regional que ha ido recreándose en vinculación estrecha con las actividades agropecuarias, los conocimientos ancestrales puestos en juego en sus prácticas de trabajo y en su organización de carácter comunal, así como en el uso difundido de las plantas medicinales, el colorido de su vestimenta y las múltiples manifestaciones habituales de su vida social.

En sectores mayoritarios, son notorios la identidad y el sentido de pertenencia a las raíces regionales y a la cultura indígena. La fuerza de esa identidad es asumida orgullosamente por algunos grupos como uno de los componentes de la diversidad cultural y de la constitución de México como nación, y se traduce en una firme demanda de creación de instituciones y mecanismos que apoyen la preservación de su idioma y de su cultura como potencial para construir el desarrollo regional. Sin embargo, es también reconocido que gran parte de la población indígena se ve afectada por graves situaciones de incertidumbre

debido a la generalizada pobreza y, en no pocos casos, al racismo y a la discriminación asociados con una visión de la cultura indígena como signo de atraso y de los indígenas como individuos incapaces de gestar sus propias alternativas de desarrollo, carentes de iniciativa, conformistas, desconfiados y resistentes al cambio y al progreso. En fin, el temor a sus protestas y movilizaciones subyace en el racismo y la discriminación, pues los indígenas son tratados por los sectores dominantes no como ciudadanos, sino como proclives a recibir ayuda paternalista, a ser manipulados y resistentes al abuso; una autoridad ejidal expresa con claridad esta tendencia al abuso: “cuando vamos a la presidencia municipal para hacer gestiones, las autoridades nos tratan como mandaderos y no como representantes de nuestras comunidades, nos mandan a comprar cosas que ellos necesitan”.

En ese contexto, resultan de primordial importancia las condiciones del entorno físico inmediato y los espacios comunales donde se desenvuelve la vida diaria de las familias indígenas. Tenemos, por una parte, que el 16.4% de los pobladores de la región habita en casas de madera, lámina de asbesto o de metal; el 32.6% las ha construido con ladrillo, block, piedra, cemento o adobe, y el 51.0% con material ligero: cartón, carrizo, bambú o palma, embarro o bajareque y otros materiales (INEGI, 1994). En general, las comunidades y ejidos están dotados de algunos servicios comunales como escuela primaria y, en contados casos, con centros de educación secundaria y telebachilleratos, servicios de salud y un espacio abierto acondicionado como centro deportivo. Los pobladores tienen como referencia institucional a las delegaciones comunales y comisariados ejidales; estas autoridades locales, elegidas internamente, son las que convocan a la población a asambleas y reuniones, mismas que asumen el papel de intermediación y gestión de las demandas sociales ante las autoridades municipales, y sólo con su aprobación es posible establecer comunicación con sus habitantes.

LA ESTRUCTURA PRODUCTIVA

La estructura productiva de los municipios de Huejutla, Atlapexco, Huautla, San Felipe Orizatlán, Jaltocán y Yahualica es similar a la del conjunto de la Huasteca hidalguense, y se caracteriza por la ausencia de un sector industrial manufacturero, así como por el predominio

de un sector agropecuario de escaso nivel de desarrollo. El comercio, concentrado básicamente en las ciudades de Huejutla y San Felipe Orizatlán, constituye una actividad relativamente pequeña y especializada en el abastecimiento regional de productos de primera necesidad y de insumos agropecuarios. La producción artesanal ocupa una posición marginal en la economía de la región, pero constituye una fuente importante de ingresos en algunas comunidades.

EL SECTOR AGROPECUARIO

TAMAÑO DE LA PROPIEDAD Y TIPO DE PRODUCCIÓN

La Huasteca hidalguense es una región accidentada en la que predomina una cadena de montañas y espacios que forman laderas poco extensas donde se desarrolla una agricultura de temporal. En ese escenario geoecológico, el reparto agrario de los años sesenta y setenta significó una amplia reestructuración de la propiedad de la tierra, la generalizada extinción de los predios relativamente grandes y la organización de los beneficiarios —sobre todo de la población indígena— en núcleos comunales y ejidales en los que prolifera el minifundio. La extensión promedio de las unidades agrícolas es de cuatro a cinco hectáreas.

Como se observa en el cuadro 4, a pesar del reducido tamaño de los predios, y favorecidos sin duda por las condiciones geográficas y climáticas de la Huasteca hidalguense, los productores de la región han logrado una diversificación de la producción agrícola no sólo de alimentos básicos, sino de algunos cultivos con posibilidades de ser comercializados en el mercado local y distante. Aunque sometidos a las variaciones climáticas, para sectores reducidos del campesinado esa diversificación significa una fuente importante de ingresos y la posibilidad de reiniciar el siguiente ciclo agrícola; sin embargo, la gran mayoría de productores no logra revertir la baja calidad de los cultivos comercializables debido a la falta de recursos económicos para erradicar las plagas y la resaca que afectan a las plantaciones de cítricos y mangos, y tampoco pueden revertir el problema, del reducido tamaño de los cafetos causado por las bajas temperaturas, las lluvias abundantes, los deslaves e inundaciones que eventualmente se producen en la zona por los cambios climáticos bruscos (en 1983 y 1999 por ejemplo) y los efectos de los huracanes que azotan al Golfo de México. Tanto

estos campesinos como los más pobres construyen distintas estrategias de sobrevivencia, combinando la crianza de aves y cerdos en pequeña escala con cultivos de maíz, frijol, chile y otros productos básicos. En ese sentido, la labranza de alimentos resulta indispensable como estrategia para garantizar la subsistencia familiar durante los periodos en que todos, o la mayor parte de sus miembros, comprometen sus mejores esfuerzos y recursos en el cultivo o manufactura de otros productos que representen la posibilidad de lograr algún excedente económico.

Aun así, la economía campesina de las zonas bajas y medianamente altas de la Huasteca hidalguense debe ser diferenciada de la ubicada en las zonas altas de la Sierra Madre. Aquí la diversificación y rotación de cultivos se refiere básicamente a la de los productos alimenticios esenciales y a una ganadería y crianza de animales en pequeña escala, y en esas condiciones las posibilidades de lograr algún excedente económico son nulas o lejanas. Así pues, se conjunta en esta región la pobreza extrema con el aislamiento de un importante número de comunidades, debido a la falta de vías de comunicación asfaltadas. No es casual que los municipios de Yahualica, Xochiatipan, Huautla y Calnali, ubicados en la vertiente oriental de la Sierra Madre, hayan sido caracterizados por el Consejo Nacional de Población en la categoría migratoria de fuerte expulsión de su población (INEGI, 1994).

CUADRO 4
TIPO DE PRODUCCIÓN

Productos	Productores* (%)
Maíz, frijol, calabazas, chayote	73
Café	20
Palmilla	14
Cítricos	13
Artesanía: muebles y alfarería	13
Miel	11
Chile, ajonjolí, pimienta, azafrán, cacahuete	9
Mango, papaya, plátano	9
Ganado: carne y lácteos	9
Caña de azúcar	2
No se aplica	16

* Corresponde al 75 % de un total de 181 personas entrevistadas en 6 municipios, 1997.

Aunque las condiciones geográficas de la Huasteca hidalguense impiden el avance de la tecnificación, no deja de llamar la atención la inexistencia de procesos innovadores en la mayor parte de los municipios estudiados. No sólo es escasa la introducción de maquinarias y poca la complejidad de las herramientas utilizadas, sino que los campesinos ponen en juego toda su energía y potencialidades en una actividad agrícola que de por sí está sujeta a los riesgos del clima y las plagas, y que además enfrenta graves limitaciones de carácter estructural. Ello se conjunta con el reducido conocimiento de métodos de trabajo modernos para mejorar la calidad y productividad de los cultivos y lograr, asimismo, un aprovechamiento eficiente de sus conocimientos ancestrales y de las potencialidades de la región, tales como la conservación y rotación de suelos, fertilización y control de plagas, uso de semilla mejorada, crianza de ganado fino, reforestación, etcétera. Es frecuente no sólo la reproducción de los métodos tradicionales devastadores de la tumba, roza y quema, que secan los riachuelos y deterioran las escasas tierras de cultivo y los bosques, sino la generalizada desinformación de los campesinos con respecto al uso adecuado de los insumos agrícolas.

Después del reparto agrario se extendió en las partes bajas y accidentadas de la Huasteca hidalguense el cultivo de cítricos, mango y café, pero la falta de capacitación y asesoría directa y continua a los campesinos por parte de las instituciones agrarias determinó la escasa calidad y competitividad de esos productos en el mercado regional y distante. Es indudable que, antes y durante esos procesos, los campesinos buscaron transformar sus predios en unidades económicas y productivas eficientes, aportaron su experiencia y sus conocimientos al recrear sus prácticas comunales de producción tratando de adecuarlas al desafío de los tiempos; sin embargo, ese bagaje cultural no constituyó un referente sustancial ni fue considerado por los responsables de la aplicación de las políticas agrarias como un potencial aprovechable y capaz de ser asimilado y recreado a luz de los avances de la ciencia y de los conocimientos modernos.

La distancia entre los técnicos que promovían nuevos cultivos y los campesinos que no lograban una información pertinente sobre las técnicas de cultivo apropiadas y sobre el uso adecuado de los insumos agrícolas, dio como resultado los bajos rendimientos ya señalados, así como la escasa calidad de los productos; esto obligó a los agricultores a la búsqueda de alternativas de ingreso mediante una relativa diver-

sificación de los cultivos como la introducción del ajonjolí, cacahuate, pimienta, azafrán y la palmilla comedor. Recientemente, y con asesoría cubana auspiciada por el gobierno estatal, algunas comunidades experimentan con el cultivo de la papaya maradol y otros productos tropicales. A pesar de esos esfuerzos, prevalece en la región una producción de frutas de baja calidad y una economía de subsistencia basada en la siembra de maíz, frijol, chile, calabaza y chayote, con reducidas posibilidades de colocación en los mercados locales.

La producción de ganado criollo se realiza básicamente en pequeña escala, en instalaciones precarias y mediante el uso de pastos naturales de los agostaderos y de los predios arrancados a los montes a través de la quema y roza. Sólo algunos agricultores y ganaderos, quienes poseen entre diez y veinte hectáreas en la región, cuentan con un promedio aproximado de cien cabezas de ganado.

En los últimos años, la apicultura ha adquirido una importancia relativa; se han incorporado a esta actividad muchos productores agrícolas, profesionistas y ex empleados de algunas entidades públicas con sede en la región. Doscientos productores han logrado organizarse en una asociación que funciona en San Felipe Orizatlán, la cual cuenta con maquinaria incipiente con la que envasan la miel para su comercialización en el mercado regional y estatal. En la actualidad, dicha asociación está gestionando un financiamiento con miras a lograr el procesamiento industrial de la miel y el aprovechamiento de sus derivados: la cera, la jalea y el veneno de las abejas.

Finalmente, en algunas comunidades se desarrolla una actividad artesanal de muebles con escasos niveles de tecnificación y especialización, misma que se provee de la madera necesaria con personas que comercializan en forma clandestina el cedro y otras variedades de árboles maderables. La alfarería y el bordado de prendas de vestir constituyen actividades marginales y se efectúan siguiendo los patrones domésticos tradicionales. En todos los casos, los artesanos son ejidatarios y su actividad es complementaria al trabajo agrícola.

DESTINO DE LA PRODUCCIÓN AGROPECUARIA

El tipo y dimensión de los mercados con los que se articulan los productores de la Huasteca hidalguense muestran el gran rezago que prevalece en su estructura económica, en comparación con las otras

Huastecas y en relación con el dinamismo de algunas regiones que han logrado una articulación más firme con la red de ciudades ubicadas en el Golfo de México; de manera particular, con la de Tampico-Madero.

La región hidalguense no sólo presenta condiciones ecológicas sumamente favorables para el desarrollo de una economía diversificada, rentable y sustentable, sino que está ubicada relativamente cerca de algunos mercados regionales y nacionales importantes. Sin embargo, a pesar de esa cercanía y del impacto económico que podrían ejercer ciudades como Huejutla y, desde luego, los centros industriales como Tampico-Madero, su articulación productiva y comercial con esos centros urbanos es restringida debido a la deficiente infraestructura de comunicación y de transporte, a la carencia de centros de acopio, de selección, conservación y procesamiento de los productos agrícolas. Es igualmente afectada por la escasa difusión de prácticas empresariales para la gestión de los predios y la comercialización de los productos y, entre otros factores, por el bajo nivel educativo y la ausencia de oportunidades de capacitación de la mayor parte de los productores.

Tales problemas no sólo hacen referencia directa a la situación que prevalece en los municipios, sino que también confirman los límites estructurales a los que se enfrentan los productores. Esa dinámica económica reduce a los campesinos a operar productiva y comercialmente en el ámbito restringido de sus comunidades y ejidos, y a sujetarse a la eventualidad de la presencia de los intermediarios que recorren las comunidades y los predios por carreteras de terracería imponiendo precios excesivamente bajos a los productos y que los agricultores no tienen más remedio que aceptar. La opción por el mercado de Huejutla les significa sufragar gastos de transporte que no pueden cubrir y que no les permite recuperar ni los costos básicos de producción. Es importante señalar que muchos de los intermediarios de cítricos y otras frutas operan mediante el sistema de adelanto de dinero y están vinculados a empresas agroindustriales de Tampico-Madero. Sólo un sector reducido de agricultores comercializa directamente sus productos en otros municipios de Hidalgo, Veracruz y San Luis Potosí.

La comercialización de la palmilla camedor parece tener posibilidades de mayor desarrollo en el mediano y largo plazo, debido a la expansión sostenida de la demanda internacional de esa planta y a su

impacto positivo en la economía de la región. Los pequeños propietarios de las comunidades y, en particular, sectores importantes de mujeres se han incorporado a la producción de palmilla atraídos por su venta directa a los centros de acopio instalados en la zona. Estos centros han logrado constituirse en proveedores de empresas norteamericanas de San Antonio, Texas, y sus propietarios han tenido que adiestrarse en Estados Unidos para ofrecer cursos cortos de capacitación y asesoría continua a los productores de la región para responder a las exigencias de calidad que dichas empresas plantean respecto a la palmilla.

Por su parte, la mayoría de los productores de ganado comercializan localmente las reses en pie y, para muchos, su venta constituye una estrategia para la obtención de recursos con los cuales solventar una actividad agrícola que no logra niveles suficientes de capitalización. Sólo para un pequeño número de ganaderos es posible el traslado y crianza de las reses de forma extensiva en los grandes ranchos que poseen en Tamaulipas y Veracruz.

En vista de que la apicultura ha involucrado en los últimos años a una cantidad significativa de personas y que para muchas familias constituye su fuente básica de ingresos, es importante el esfuerzo realizado por la Asociación de Apicultores para la comercialización de ese producto dentro y fuera de la región; así, han logrado la firma de un convenio con el DIF local y estatal para la distribución de miel en los desayunos escolares de la región y proyectan ampliar su mercado con la firma de un convenio que abarque a toda la República Mexicana.

Finalmente, los artesanos de muebles efectúan la venta directa de sus productos, exhibiéndolos en sus talleres y al borde de las carreteras; sólo unos pocos logran comercializarlos en las ferias dominicales de las cabeceras municipales de la región, en otros estados de la República y en el Distrito Federal. La cerámica y las prendas de vestir bordadas sólo encuentran salida en el mercado local.

SITUACIÓN LABORAL

Las condiciones altamente adversas en las que habitan los pobladores de la Huasteca hidalguense pueden ser reseñadas desde diversos planos. Entre ellos, una observación detenida de la configuración externa de las comunidades muestra la enorme deforestación de los montes y bosques en los que son visibles los innumerables espacios vacíos gene-

rados por las prácticas de quema y roza; las plantaciones de cítricos —con evidentes muestras de la expansión de plagas— y cafetos pequeños en cuya sombra ahora se cultiva la palmilla camedor. En fin, una dinámica productiva agotadora que compromete la vida de hombres, mujeres y niños, y que no muestra signos de una capitalización sostenida. Se trata pues, de un entorno social marcado por la precaria condición de la mayoría de las viviendas y la extrema pobreza de las familias, por la escasa dotación de servicios comunitarios y un entramado cotidiano extremadamente limitado que propicia el desarraigo, sobre todo de los jóvenes, y la búsqueda de alternativas de desarrollo económico y social en otras latitudes.

Desde la perspectiva de sectores sociales comprendidos en la investigación no sólo se confirman esas percepciones, sino que podemos determinar con mayor precisión los problemas y sus devastadores efectos sobre un conjunto social altamente marginado. Esos sectores dieron cuenta de las graves dificultades que enfrentan los productores para, por un lado, lograr ingresos que permitan el sostenimiento de sus familias y, por otro, reiniciar un trabajo agrícola oportuno que les demanda gastos que, aunque mínimos, no están en condiciones de realizar. La posibilidad de inversión para mejorar la calidad de los productos e incrementar su valor agregado les resulta aún más lejana; por el contrario, las entidades financieras no los consideran sujetos económicos y por lo tanto no pueden acceder a créditos, por lo que, al finalizar cada ciclo agrícola, los productores se ven envueltos en un proceso perverso caracterizado por la percepción reiterada de bajos ingresos y por una pobreza que los obliga a desarrollar estrategias de supervivencia como la migración o la combinación de su actividad principal con otras que no requieren de calificación.

Como se pudo apreciar en el cuadro 2, el gran rezago existente en la Huasteca se hace más evidente al conocer los niveles de ingreso promedio, y la investigación efectuada no ha hecho sino confirmar la información proporcionada por el INEGI en 1994. Así, ha sido posible establecer que de un total de 181 personas entrevistadas, 125 trabajaban; de éstas el 12% no percibía salario alguno, el 44% sólo logró un ingreso promedio menor a un salario mínimo; el 18% entre uno y dos salarios mínimos, el 9% hasta tres, el 15% tenía un ingreso que fluctuaba entre tres y siete salarios mínimos; mientras que el 11% de los entrevistados se ubicaba en el nivel más alto de ingresos con más de siete salarios mínimos.

La gravedad de esa situación surge al observar la desproporción entre esas percepciones y la actividad de las personas. Corresponden los ingresos más bajos a los agricultores, pequeños ganaderos, artesanos y jornaleros, quienes percibían un salario promedio de \$ 451.00 pesos mensuales y por ello buscaron formas alternativas de ingreso, recurriendo al apoyo familiar o desarrollando actividades diversas.

Al respecto, es importante recordar que con el reparto agrario fue posible que una parte significativa de la población indígena de la Huasteca hidalguense tuviera acceso a la tierra y ese proceso da cuenta, sin duda, del interés oficial por resolver los graves problemas sociales acumulados en la región. Ahora bien, la noción de “propiedad” denota el acceso a un recurso importante, la tierra, y connota la posibilidad de que los nuevos sujetos económicos construyan una racionalidad que les permita una mejor administración de sus propios predios y la búsqueda de una mayor eficiencia en el desarrollo de sus métodos de trabajo, así como el acceso real a fuentes de financiamiento y de asistencia técnica. No obstante, se pudo comprobar que no hay condiciones para ello en el caso de la mayoría de los productores de la región.

Así, encontramos que solamente algunos campesinos beneficiarios del reparto agrario fueron habilitados con títulos de propiedad de sus predios y que para una parte reducida de ellos el acceso a la tierra significó un punto de partida para el mejoramiento de sus condiciones de vida. Pero con respecto a la mayoría, carente de educación y de alternativas económicas para una capitalización consistente, ese acceso no logró constituirse en una posibilidad que los ayude a revertir su marginación y pobreza. Podemos afirmar que tal situación se extiende a gran parte de los productores que habitan en la región hidalguense; no sólo porque en el ámbito de sus predios no encuentran las posibilidades de generar los ingresos adecuados para la manutención de sus familias, sino que, como se mencionó anteriormente, se ven obligados a desarrollar diversas estrategias de supervivencia las cuales, muchas veces, representan un ingreso mayor al obtenido en sus actividades en el campo. El hecho de que el 64% de los productores entrevistados combinen su actividad principal con trabajos de albañilería, pequeño comercio, transporte, artesanía o apicultura, constituye un indicador importante de las restricciones que impone la estructura productiva regional.

Esa situación difiere sustancialmente de las condiciones de los comerciantes de la palmilla camedor y de los que proveen de insumos

y herramientas agrícolas, quienes además de ser propietarios de centros comerciales bien establecidos, poseen tierras en el estado de Veracruz y perciben entre 9,000.00 y 30,000.00 pesos mensuales. Este sector tiene posibilidades de contratar entre 20 y 65 trabajadores y desarrollar actividades de mayor envergadura en la ganadería.

En un nivel de ingreso bajo, con un promedio de \$ 1,215.00 pesos mensuales, pueden ubicarse los apicultores. Para unos, la apicultura constituye una fuente de ingreso complementario, para otros es la principal; en ambos casos, la comercialización de la miel les reporta entradas seguras y tienen posibilidades futuras de mejorarlas mediante la asociación que los agrupa. Finalmente, los pequeños comerciantes establecidos y los normalistas pueden ubicarse en un nivel intermedio, con un ingreso promedio de \$ 2,525.00 a \$ 3,000.00 pesos mensuales respectivamente.

Es indudable que lo expuesto muestra los rasgos esenciales de algunas de las prácticas de los agentes económicos y da soporte a los elementos que definen los límites de su gestión empresarial. Encontramos, en primer término, una generalizada falta de capacitación de los productores; 72% de ellos desempeñan sus actividades con base en los conocimientos adquiridos de sus padres, de personas conocidas o por autoaprendizaje, y aunque estos conocimientos son insuficientes, no menoscaban la amplitud y complejidad de la información recibida a través de muchas generaciones; el 27% cuenta con algún tipo de capacitación técnica o profesional, de manera particular los comerciantes y apicultores. En segundo lugar, la totalidad de los productores que contratan mano de obra en la región lo hacen de manera eventual y los jornaleros sólo perciben un promedio de \$14.00 pesos diarios; el 51% de los productores contrata mano de obra fuera del núcleo familiar. El 27% emplea a familiares y cerca del 22% realiza sus actividades sin recurrir a apoyo alguno. El rezago de la agricultura y la ganadería y el reducido mercado de mano de obra no calificada forman parte de la misma situación, en la que la pobreza se impone inexorablemente, haciendo que las familias campesinas absorban en la precariedad las tareas que les impone una cotidianidad productiva altamente restrictiva, y que absorban, igualmente, la angustia por un futuro incierto en el que no podrán tener cabida.

Complementariamente, a pesar de que 54% de los productores reconocen la falta de capacitación de la mano de obra que emplean y que 66% de ellos aceptan la necesidad de calificación de la misma, la creación de alternativas locales de capacitación se les presenta como

lejana y fuera de sus posibilidades económicas. En este sentido, muchos de los conocimientos relacionados con el mejoramiento de las técnicas agrícolas, aún las que podrían resultar más cercanas a la tradición de los productores, como el mejoramiento de las tierras agrícolas y el desarrollo de cultivos mediante el uso de insumos orgánicos o el acceso a tecnologías apropiadas, no forman parte de las demandas formuladas debido, nuevamente, al rezago social, a la falta de recursos económicos y a la ausencia de un sistema de comunicación adecuado. Pero, sobre todo, porque no se ha logrado generar en la región mecanismos que propicien la instalación de empresas agroindustriales, con las que se articulen las actividades agropecuarias y se encadenen a nuevos procesos económicos. Las expectativas de mejoramiento forman parte consustancial de la condición humana, pero el entorno puede actuar en forma restrictiva socavando las demandas sociales de acceso no sólo a una educación formal sino a la no escolarizada, propia de un mundo laboral más diversificado y complejo.

Como bien expresa Armando Bartra, los efectos de una estructura productiva altamente rezagada,

...no circunscriben a los campesinos a su región ni los enfrasca en los problemas de su comunidad. Los campesinos son hoy el sector de la sociedad mexicana de mayor movilidad geográfica... [han construido] la experiencia social más rica, variada y sofisticada que pueda darse en nuestras constreñidas y arrinconadas clases subalternas [y esto tiene relación, sin duda con] la existencia seminómada impuesta por la búsqueda de empleo (Bartra, 1998: 17).

Esa experiencia social es reconocible en la Huasteca hidalguense por los altos índices de expulsión de la población en la mayor parte de sus municipios, y se concentra especialmente en la población que emigra; sin embargo, dado el reducido número de retornos de esos migrantes a la región, el impacto de las experiencias sociales adquiridas fuera parece ser menor, como limitada es su influencia sobre la estructura económica. De este modo, detectamos que la población que sale de la región por problemas de empleo, educación y otros factores, lo hace mayoritariamente en forma definitiva, aunque esto no significa la pérdida de las relaciones familiares y sociales y la vuelta temporal a sus localidades de origen en días de fiesta y acontecimientos importantes. En este contexto, las expectativas de mejoramiento de la producción a través del acceso a algún tipo de capacitación, si bien pueden

renovarse, también se confrontan con los límites impuestos por la realidad de escasez circundante.

Así, aunque las demandas de capacitación se ven influidas por otros horizontes, se concentran básicamente en el mejoramiento de la calidad y competitividad de la producción agropecuaria existente, del comercio y de la prestación de servicios, y se orientan a señalar aspectos que contribuyan a elevar el excedente económico: combinación de químicos para preparar abonos, fertilizantes, plaguicidas y su uso adecuado en la agricultura; siembra y cuidado del café y los cítricos, rotación de cultivos y conservación de suelos, introducción de otros cultivos, mejoramiento de semillas, uso y reparación de maquinaria agrícola y nuevas técnicas de cultivo (93% de los productores); mercadotecnia y administración (11%); atención y combate de la abarroa y otras enfermedades en los panales, extracción del polen, de la jalea real y veneno de abejas para su uso en la industria farmacéutica (8%); y procesos de producción y atención de enfermedades en los animales (3%).

PERCEPCIÓN SOCIAL DE LOS PROBLEMAS Y DE LA ACCIÓN DE LAS INSTITUCIONES AGRARIAS

En este apartado se plasman algunos testimonios de los sectores sociales que participaron en una reflexión individual y colectiva respecto a los ejes problemáticos de su dinámica productiva y a la acción institucional del Estado.

1) La mayoría de esos sectores reconocieron como prioritarios los problemas vinculados con la baja calidad y escasa competitividad de los productos cultivados en la región y los relacionaron, entre otras cosas, con la forma en que se realizó el reparto agrario de la década de los setenta (la proliferación del minifundismo que limitó seriamente la posibilidad de capitalización de los predios) y con el hecho de que los campesinos beneficiados carecían de recursos para financiar y dar seguimiento técnico adecuado al cultivo de productos tropicales. Más tarde, con la diversificación promovida por las instituciones agrarias se agravaron esos problemas, porque no contemplaron un trabajo consistente que ayudara a informar y asesorar adecuadamente a los campesinos sobre los procesos de siembra de las variedades introducidas

(café, cítricos, mango y otros cultivos tropicales), sobre las técnicas de tratamiento de las plantas, la conservación de los suelos y el uso adecuado de fertilizantes y productos químicos para combatir las plagas e insectos. En la actualidad, los cafetos son pequeños y los cítricos se encuentran repletos de una resina negra que los agricultores no saben cómo combatir.

La elocuencia de algunos testimonios muestra los rasgos de una actividad agrícola que ha acumulado graves limitaciones, difíciles de revertir en el mediano plazo. Primero el café y luego los cítricos, lo cual significó para los campesinos un arduo trabajo que apostaba a forjar un futuro más promisorio, pero “No supimos cómo proteger el café en las heladas de 1983”, “No contamos con capacitación para el cultivo de productos tropicales y para el manejo de las nuevas variedades”. Ellos pusieron en juego sus prácticas tradicionales, su intuición y aplicaron en su trabajo la escasa información que ofrecen algunas casas proveedoras de agroquímicos sobre el uso de pesticidas y fertilizantes, muchas veces exagerando las dosis:

No contamos con una asesoría permanente para el tratamiento adecuado de los suelos a las necesidades de cada producto... tampoco tenemos información técnica sobre cómo realizar la combinación apropiada de los productos químicos para el uso de fertilizantes y plaguicidas en las plantaciones de café y de cítricos... La tierra se quema y se ha agotado en muchas zonas, la mayor parte de campesinos las tratamos de recuperar, pero hace falta asesoría de técnicos especializados.

De manera enfática los campesinos relacionaron su falta de capacitación no sólo con el burocratismo y la discontinua e inconsistente asesoría proporcionada por los funcionarios de las instituciones agrarias, sino con la dificultad real de acceder por cuenta propia a cualquier información debido al extendido analfabetismo y bajo nivel educativo de los productores.

Esos problemas han actuado reproduciendo un círculo perverso que, al iniciarse en cualquier punto, obliga a los campesinos al uso de herramientas y prácticas agrícolas tradicionales, sin poderlas mejorar por la carencia de recursos y la ausencia de expertos que efectivamente orienten sus conocimientos técnicos y científicos al servicio de los campesinos y a la solución de los problemas del campo. Son escasos los esfuerzos de innovación de los métodos de trabajo y

nula la adecuación de maquinaria agrícola a las condiciones geográficas de la zona. Como observamos anteriormente, esta situación se complementa con el hecho de que los campesinos son percibidos como sujetos de ayuda y no como sujetos económicos, como ciudadanos capaces de acceder a fuentes de financiamiento. Aunada a esta situación, muchos de ellos tampoco son reconocidos como propietarios debido a la irregularidad en la tenencia de la tierra.

Evalúan negativamente las prácticas generalizadas de tumba, quema y roza, así como la tala inmoderada de los bosques debido a que con ellas no sólo han disminuido las tierras agrícolas y desaparecido variedades de plantas y animales propios de la región, sino que “han contribuido a la sequedad de pozos y riachuelos”; “a la disminución de pastos en los agostaderos” y a la escasez de recursos hidrológicos para el abastecimiento de agua potable en algunos municipios como Huejutla y otras comunidades. “La falta de una infraestructura de almacenamiento de agua y riego” adecuada a las condiciones geográficas, limita el aprovechamiento de potencialidades de la región para el desarrollo de una agricultura competitiva, “la sequía de los últimos años ha agudizado los problemas de abastecimiento de agua para el consumo humano y para el riego”. Es pues palpable tanto la ausencia de programas encaminados a la protección de la ecología y el medio ambiente regional como la carrera de esfuerzos orientados a contrarrestar la deforestación y el deterioro de los suelos.

Finalmente, los problemas en la agricultura se ven agravados por la deficiente infraestructura de comunicación y transporte, la carencia de centros de acopio, de conservación y procesamiento de los productos agrícolas o ganaderos. Desde la perspectiva de los productores, de los comerciantes y del conjunto de sectores sociales resultan de vital importancia las demandas de proyectos orientados a la instalación de empresas vinculadas a la agricultura y “a la creación de un sector agroindustrial en la región, a fin de que se amplíen los mercados de trabajo y de productos”. Estas carencias dejan sin alternativas a miles de jóvenes y adultos que se ven obligados a desarrollar múltiples estrategias de supervivencia, sobre todo la migración.

Para un sector social, la vocación ganadera de la Huasteca hidalguense ha disminuido considerablemente debido “al reparto agrario a personas sin experiencia”, al “poco interés de las instituciones agrarias por ofrecer asesoría técnica y capacitación a los ganaderos para la crianza y atención de enfermedades en los animales”, y a la

inexistencia de centros de inseminación artificial en la región. Estas condiciones determinan el mercado altamente restringido para el ganado y someten a los productores a “la acción de los intermediarios y a la inestabilidad de precios”; “la falta de empresas procesadoras de carnes y lácteos obliga a los ganaderos a recibir precios bajos por el ganado en pie” limitando sus posibilidades de capitalización y reinversión. Como los agricultores, también los ganaderos y apicultores enfrentan la falta de recursos económicos y las dificultades para obtener créditos bancarios debido a los altos intereses; los ganaderos no pueden renovar o construir establos ni una infraestructura de riego para cultivo de forrajes y de provisión de agua para el ganado, mientras que los apicultores encaran grandes limitaciones para contrarrestar la presencia de la abeja africana, de la abarroa y otras enfermedades que afectan a las colmenas, y no pueden renovar el equipo y maquinaria para un acopio eficiente, para el envasado y procesamiento industrial de la miel y sus derivados.

Los comerciantes coinciden en que la crisis ha provocado una disminución sustancial de sus ingresos; a partir de la crisis bancaria muchos de ellos tienen graves apuros con carteras vencidas debido a los excesivos intereses que deben pagar y, a pesar de múltiples gestiones realizadas, no han logrado el apoyo estatal. Algunos analizan el entorno regional refiriéndose a la ausencia de un sector industrial que estimule la ampliación del mercado.

No podemos dejar de mencionar los problemas que afectan a los artesanos, tales como la carencia de recursos, la falta de programas de capacitación y asesoría para este sector de productores de muebles, así como las dificultades de acceso a fuentes de financiamiento para la compra de maquinaria; de manera que subsiste una producción artesanal de baja calidad, la cual sólo encuentra salida en el mercado local. En contados casos, los productores de muebles logran negociar con intermediarios la comercialización de sus productos en centros urbanos de la región y de los estados vecinos. Estos artesanos tienen que sortear, además, grandes impedimentos para conseguir el cedro que requieren para realizar su trabajo. En general, obtienen la madera a través de comerciantes que talan los bosques en forma clandestina.

2) La relación que establecen los sectores sociales con las instituciones del Estado resulta contradictoria y difícil. Es evidente el reconocimiento

de su existencia y de la necesidad de un ordenamiento institucional básico de la sociedad; sin embargo, resulta palpable la pérdida de legitimidad de muchas de las instituciones relacionadas con la implementación de políticas en el sector agropecuario, con el abatimiento de la pobreza y la marginación social.

La mayor parte de esos sectores identifican de manera precisa las actividades que ejercen las instituciones agrarias federales en su relación con los sectores sociales y productivos. Pero es notoria su valoración negativa respecto a la calidad y eficacia del trabajo y apoyo que esas instituciones brindan para la solución de los problemas en la región; parece, pues, que la credibilidad ha sufrido una pérdida significativa entre los campesinos debido a que no han logrado mostrar resultados constatables en el abatimiento del profundo rezago regional.

Esa percepción se vincula con la ausencia de objetivos de desarrollo a largo plazo en los programas de la región y con la sujeción de las instituciones estatales al sistema político nacional, la cual se ha traducido en el hecho de que las aspiraciones de ascenso político de muchos funcionarios subordinara el ejercicio de sus funciones públicas e institucionales a la dinámica particular de acceder a puestos de poder político local, estatal y nacional. Debido a ello, muchos funcionarios han dado prioridad a la instrumentación política de sus puestos, de los programas y proyectos de desarrollo propuestos por encima de las necesidades sociales y la eficacia de su ejecución, y han contribuido a la construcción de una línea de autoridad y dominio clientelar de los funcionarios y de las instancias de representación política municipal sobre los delegados de comunidades y ejidos, y de éstos sobre los pobladores. No parece casual que la desconfianza y la intolerancia política, forjadas en el curso de esos procesos acumulados, se exprese con gran frecuencia en muchos de los conflictos que se desarrollan actualmente en la Huasteca hidalguense.

Estas críticas se traducen en un conjunto de demandas sociales en torno a la consistencia y continuidad de los programas agrarios y al trabajo que deben efectuar los técnicos y funcionarios, a fin de que efectivamente contribuyan a un desarrollo y al cambio del curso de una historia regional que muestra las heridas acumuladas por el gran rezago económico y social prevaeciente.

Básicamente fueron dos las instituciones federales analizadas: la primera, Procampo, identificada como una institución proveedora de ayuda económica a los agricultores, sobre todo a los productores de

maíz, a quienes les proporciona “400 pesos por hectárea cultivada”, y “despensas y material para la construcción de viviendas y letrinas” para las familias de menores recursos. Las críticas a esta institución se centraron en el carácter “paternalista de sus programas y el estrecho condicionamiento de la ayuda a los procesos electorales”. De manera precisa se indicó que “el dinero proporcionado por hectárea cultivada sólo permite la supervivencia de los campesinos y los hace dependientes”, debido a que los sujeta a la eventualidad de los programas asistenciales y socava sus posibilidades de salir de la pobreza. Un recorrido por la región muestra palmariamente que la agricultura de maíz y frijol sólo puede ser canalizada a la sobrevivencia familiar. Ante el agotamiento de las tierras de cultivo abiertas en los bosques, muchos productores se ven en la necesidad de habilitar nuevos terrenos mediante la tumba, roza y quema para fundamentar la posesión de una tierra que les dé acceso a la ayuda que otorga esta institución para la siembra de esos productos básicos, aunque en la mayoría de casos tal ayuda es utilizada en la manutención familiar. Este es pues un círculo que no sólo impide a los campesinos salir de la pobreza, sino que deteriora su medio ambiente, socava sus posibilidades de acceso a recursos que pueden ser renovados y, finalmente, los convierte en mendigos sujetándolos a cualquier ayuda asistencial.

La segunda institución, la SAGAR, que para algunos sectores cumple un papel relacionado básicamente con el “mejoramiento de la producción ganadera y apícola”, “la provisión de fertilizantes y semillas mejoradas de maíz”, “de palmilla comedor, papaya maradol” y de otros productos alternativos adecuados a la región; para otros ofrece “asesoría técnica y apoyo económico a los productores agropecuarios, y promueve la realización de proyectos productivos”.

Sin embargo, la mayoría de las opiniones relacionadas con esta Secretaría contienen una crítica áspera a los programas que ha impulsado en la región, debido a que “no se ha logrado un cambio sustancial en la actividad productiva”, “la introducción de nuevas variedades no fue planeada para el largo plazo”; “se han agravado los problemas de plagas, el deterioro de los suelos y la improductividad agrícola”.

Igualmente cuestionaron “la inconsistencia y la falta de seguimiento en la asesoría que proporcionan a los agricultores los profesionistas que trabajan en esa institución” “no han propiciado la capacitación de los agricultores”; su presencia se ha caracterizado por “la falta de estímulos para que los campesinos desarrollen sus capacidades

de gestión empresarial”; por el contrario, “ha propiciado su dependencia respecto de la ayuda paternalista de las instituciones oficiales”. Consideran asimismo que “los funcionarios no cuentan con la suficiente sensibilidad y capacitación, ni buscan conocer directamente los problemas del campo, por lo que lejos de solucionarlos desde sus oficinas, los agravan provocando la desconfianza de los campesinos”. En el sector ganadero las objeciones respecto a la calidad y frecuencia de la asesoría técnica también son abundantes; consideran además que “entre los pequeños ganaderos, la introducción de ganado fino está fuera de sus posibilidades económicas”; “no tenemos otras posibilidades para el mejoramiento de la producción ganadera”, ni de contrarrestar la escasez y baja calidad de los pastos por la quema y roza de los agostaderos, de las tierras de cultivo y de los bosques.

Existe, pues, un descontento generalizado relacionado con la calidad de la asesoría proporcionada por los técnicos que laboran en las instituciones agrarias, ya que lejos de promover el acercamiento de los campesinos a nuevos conocimientos hacen que éstos se conviertan en algo inalcanzable por ser un privilegio de los especialistas, a los que con frecuencia los campesinos deben buscar denodadamente para lograr el favor de su atención y asesoría.

A pesar del reconocimiento que hay en cuanto a la necesidad de ayuda asistencial para los sectores de menores recursos, la crítica se orienta a señalar la falta de programas de carácter productivo que signifiquen una alternativa efectiva de trabajo y de ingreso, y para ello es fundamental la “erradicación del paternalismo y del condicionamiento político de la ayuda a las comunidades”, porque “esas prácticas los han sometido a un control de carácter electoral” que no ha contribuido a revertir la pobreza que afecta a la población. Esa forma de expansión del sistema político “ha propiciado la manipulación de las comunidades, cuyas necesidades primarias sirven de plataforma para legitimar a líderes que, una vez elegidos, no reconocen los derechos ciudadanos de la población”.

Demandan, pues, que el gobierno federal y estatal impulsen programas de desarrollo regional garantizando su continuidad y que en ellos se contemple la promoción de inversiones para la apertura de un sector industrial y de empresas agroindustriales que dinamicen las actividades agropecuarias y comerciales y amplíen las fuentes de trabajo. Sólo así esos programas ejercerán impacto en el desarrollo regional para el mediano y largo plazo.

Estas instituciones, junto con las presidencias municipales (además de las organizaciones políticas y sociales de carácter oficial), han sido los pilares del dominio político ejercido sobre las organizaciones campesinas; son las que con mayor consistencia han recreado, desde su posición de autoridad, el trato clientelar y paternalista que históricamente se ha dado a la población indígena, y han sido el soporte de la expansión del sistema político local, regional y nacional, porque lo han efectuado, según el testimonio otorgado por un dirigente de un partido de oposición, a través de la “manipulación de las comunidades, cuyas necesidades primarias sirven de plataforma para legitimar a líderes que, una vez elegidos, no reconocen los derechos ciudadanos de la población”.

Aunque no es objeto de este artículo, nos interesa relacionar someramente las condiciones señaladas con alguno de los rasgos relativos a la transformación del dominio caciquil. El control ejercido durante largo tiempo por algunas familias y nuevos propietarios de las instituciones regionales más importantes ha permitido el fortalecimiento de un sector social que no sólo ha extendido sus intereses económicos dentro y fuera del espacio regional y aún a otros estados del país, sino que ha ampliado sus conexiones con el poder económico y político estatal y nacional. Este renovado sector en el poder es el que ha recreado y “modernizado” el sistema de dominio caciquil.

Los miembros de familias con esa tradición, como los Arbizu Lara o los Lara y Fayad, continúan accediendo a los cargos de representación municipal y estatal. Ellos y unas pocas familias de reciente éxito constituyen una nueva generación de caciques ya no articulada a la posesión de grandes latifundios, sino a la propiedad de predios agrícolas y ganaderos dispersos dentro y fuera de los municipios. Gran parte de esas familias han diversificado sus intereses hacia otras actividades como el comercio local, regional e interestatal; la ganadería en Veracruz, la industria en otros municipios del estado de Hidalgo, el servicio de transporte pesado y la construcción de hoteles en Huejutla. Muchos funcionarios de las instituciones federales y estatales, pero sobre todo los presidentes municipales, mantienen vínculos estrechos con los sectores económicos de mayor fuerza y con las estructuras de poder político local y estatal, constituyéndose en un círculo de poder que acapara los cargos de elección popular y ejerce un dominio político renovado, a la vez que distribuye pequeñas cuotas de poder las cuales, entre otras cosas, recrean las relaciones clientelares a cambio de

lealtad. El caciquismo se ha remozado, como lo han hecho las estructuras de poder en el país; el sistema político se ha servido de él y los caciques bien que se han servido del sistema al extenderlo y consolidarlo firmemente en regiones como la Huasteca. La modernización ha tocado a los caciques y, conforme a los cambios, también han logrado la transmutación del viejo eje de su poder, la hacienda, hacia nuevos intereses y novedosas formas de ejercicio de su dominio económico y político. Un miembro de una de esas familias habla sobre la necesidad de transformar a la Huasteca hidalguense en una zona de agricultura sustentable mediante la instalación de centros de experimentación y la expansión de cultivos orgánicos.

CONCLUSIONES

- a) Un espacio geográfico regional diverso, la abundancia de recursos y un clima favorable no han sido suficientes para revertir la marginación y la pobreza en que vive la población de la Huasteca hidalguense. Desde tiempos de la Colonia, pasando por la fase de la Independencia y la República, se han impuesto allí poderes económicos, sociales y políticos que han socavado las posibilidades de desarrollo regional.
- b) Aunque los repartos agrarios ocurridos en la región en la segunda mitad del siglo xx significaron una cierta democratización de la propiedad, no han logrado, sin embargo, constituirse en un factor de desarrollo regional en el largo plazo. Sus resultados han sido generalmente de baja productividad y escasamente rentables en tanto no estuvieron acompañados de programas fundamentales de educación y desarrollo social, ni de dotación de una infraestructura de caminos, carreteras, pequeños sistemas de riego, de acopio, limpieza, envase y procesamiento de los productos, etcétera. Esos repartos propiciaron la expansión de la pequeña propiedad y el minifundismo sin alternativas financieras ni programas de asistencia técnica a los productores; tampoco contemplaron la adecuación de tecnologías a efecto de potenciar, a la luz de los avances científicos, la cultura local, los conocimientos y la vocación por diversificar la producción agrícola tan arduamente buscada por los campesinos en sus predios y comunidades. Con el tiempo y ante nuevos

- desafíos, se reprodujeron y acumularon el rezago agrario, la pobreza y la marginación económica y social.
- c) La expansión del sistema político se sustentó en el control de los puestos de representación política y social, en el acceso a cargos importantes de las instituciones de Estado y en el control de los liderazgos comunales y ejidales. Se subordinó así la función pública y la puesta en marcha de programas de desarrollo a la necesidad de control de la población y a las aspiraciones de ascenso político y social de quienes asumían esos cargos. El eje de las relaciones clientelares del sistema de intermediación política y social creado estaba signado por el autoritarismo y el paternalismo que provenía de la vieja hacienda, siendo éstos transmutados hacia el control de nuevas áreas de la economía y al ejercicio del poder político. En este proceso se conjuntaron nuevos sujetos con poder económico y los descendientes de las viejas familias de caciques, ambos articulados a los grupos de poder en la región, en el estado y en la nación.
 - d) Esta institucionalidad política y social fue, sin embargo, perdiendo legitimidad política y social no sólo porque no logró revertir los aspectos más perversos de la pobreza y marginación ni dio cuenta de las demandas sociales más sentidas, sino porque fue renovando las relaciones clientelares en un contexto en el que la sociedad regional y nacional se hacían más complejas, surgieron otras organizaciones más autónomas y actores sociales que interactúan y comparten demandas diversas de democratización de la sociedad. El discurso político y las formas de intermediación han envejecido, como también lo hacen algunas instituciones y sus programas cada vez más desarticulados de las aspiraciones de progreso y desarrollo.
 - e) Podemos concluir que la actual acumulación capitalista, signada por la globalización excluyente, representa para la Huasteca hidalguense la reproducción de una pobreza y atraso acumulados históricamente. La exclusión de los que menos tienen resulta un signo de una modernización firmemente buscada desde la fidelidad al neoliberalismo; mientras tanto, la vida cotidiana, la posibilidad de ejercicio de una ciudadanía, de una democratización de la vida social, económica y política están pendientes para que los habitantes de esa región puedan cambiar su noción de futuro.

BIBLIOGRAFÍA

- Bartra, Armando
1998 “Sobrevivientes historias en la frontera”, en *Cuadernos Agrarios*, núm. 16, Nueva época.
- Escobar Omshtede, Antonio
1992 “La insurgencia huasteca: origen y desarrollo”, en Jean Meyer, coord., *Tres levantamientos populares: Pugachov, Tupac Amaru, Hidalgo*, CEMCA, México, pp. 133-148.
1994 *De cabeceras a pueblos sujetos. Las continuidades y transformaciones de los pueblos indios de la Huasteca hidalguense y veracruzana, 1750-1853*. Tesis de doctorado, Centro de Estudios Históricos-El Colegio de México.
- González Saravia, Dolores
1998 “Municipios y derechos indígenas en la reforma del Estado”, en *Cuadernos Agrarios*, núm. 16, Nueva época.
- Gutiérrez H., Lucino *et al.*
1999 *La región Huasteca: un estudio de gran visión*, Eón, IHEMSYS, Pachuca.
- INEGI
1994 *Los municipios de México*, Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática, Información censal, CD.
- Madueño, Ruth y Sylvia Ortega
1999 *Los actores sociales en la planeación universitaria*. Eón/Gobierno del Estado de Hidalgo/IHEMSYS/Universidad Tecnológica de la Huasteca Hidalguense, México.
- Matías Alonso, Marcos
1986 *Estabilidad social, despojo agrario y lucha indígena en la Huasteca hidalguense*, Tesis de licenciatura, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- Universidad Autónoma de Hidalgo, Gobierno del Estado de Hidalgo, Instituto Hidalguense de Desarrollo Cultural e Investigaciones Sociales
1994 *Hidalgo, Breviario Demográfico, 1990*, Pachuca.
- Varios autores
1993 “Proceso y tendencias sociales en la Huasteca, siglos XVI-XX”, en Jesús Ruvalcaba y Graciela Alcalá, *Huasteca*, tomo III: *Movilizaciones campesinas*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.